

LA DECADENCIA DEL EJÉRCITO

ESTUDIO DE HIGIENE MILITAR

POR

DON FELIPE OVILO Y CANALES

Subinspector de Sanidad Militar retirado,
Jefe superior de Administración civil honorario, individuo
Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Société de
Médecine publique et d'Hygiène professionnelle de Paris, de la So-
ciété Royale de Médecine publique et de Topographie médicale
de Bélgica y de la Academia de Higiene de Cataluña, socio
fundador de la Española de Higiene, condecorado con
la cruz de la Emulación científica del Cuerpo de Sa-
nidad Militar y con otras varias españolas y
extranjeras por servicios sanitarios, cien-
tíficos y de guerra, Delegado de Es-
paña que ha sido en diversas co-
misiones sanitarias en el ex-
tranjero, etc., etc., etc.



MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL HOSPICIO

Fuencarral, 84.—Teléfono 182

1899

Aclaración importante



Terminadas las guerras, restablecidas las garantías constitucionales, habiendo desaparecido las causas de diversa índole que nos pudieran reducir al silencio, ha llegado la ocasión de estudiar fríamente las causas de nuestros males y de exponerlas con la mayor claridad.

Encubrir las faltas de lo que nos es más querido podrá responder á un sentimiento disculpable, y á veces noble; pero cuando la ocultación introduce en nosotros la confianza que impide el remedio, resulta siempre criminal.

El Ejército, parte importantísima de la Nación, tiene que participar de los males que la aquejan; pero además hay razones fundadísimas para que por sí mismo se encuentre en una decadencia que le conducirá á la ruina si no se ponen los medios para impedirlo.

Un ejército puede estar en decadencia por falta de espíritu ó de instrucción militar, por olvido del honor, por quebrantamiento de la disciplina, por la inmoralidad sin correctivo, por

la aplicación injusta de los castigos y recompensas, por el favoritismo y por otras causas de orden moral ó de organización militar; pero puede llegar también á la decadencia por motivos puramente materiales, como sucede cuando gran parte de los hombres que le componen no reúnen las condiciones físicas que reclama tan penoso oficio. *Bajo este punto de vista solamente* se estudia en este trabajo la decadencia del Ejército español.

Lejos de encerrar este escrito una censura para el soldado—que llegada la ocasión hace lo que puede,—está inspirado en la defensa de sus intereses, tan unidos á los de la patria, y no responde á otra cosa que á pedir lo que reclaman á la vez la ciencia, la justicia y la humanidad.

El caso es bien sencillo, y expresado de una manera clara, sin ambages ni rodeos, como deben decirse estas cosas, es el siguiente:

En España mueren centenares de soldados que no deben morir y que no morirían seguramente si se extremaran los cuidados de la Higiene militar, y sobre todo si no estuviera en vigor una Ley de Reclutamiento irracional, absurda, inhumana y antipatriótica.

Es antirracional esa ley porque no obedece á ningún principio científico; es absurda, porque ocasiona más gastos al Estado que si fuera buena; es inhumana, porque lleva al matadero multitud de adolescentes sin formar; es antipatrió-

tica, porque sin producir ventaja alguna llena de enfermos los hospitales y de cadáveres los cementerios, é introduce en el Ejército un elemento tan desmoralizador como impropio para resistir con éxito las fatigas de una campaña prolongada.

El remedio es fácil y sencillo; su aplicación inmediata, lejos de procurar gastos al Tesoro público, le reportará *desde luego* una importante economía en los gastos de transportes y hospitalidades de los reclutas que inoportunamente se llevan hoy á las filas. Solamente con retardar la edad para el ingreso forzoso en el Ejército disminuirá la mortalidad, cuando menos en dos terceras partes.

El mejoramiento de hospitales, cuarteles y de todo lo que pide la Higiene militar, es de realización más lenta; este sistema es más costoso por el momento, aunque en tiempos no muy remotos resultará más económico que el actual. Debe estudiarse y aplicarse, no según querríamos, sino en la medida de nuestras fuerzas, porque la manera de no conseguir nada es desearlo todo de una vez. Los mayores enemigos de nuestra regeneración son los que sin acordarse del peligro hasta que llega, piden que se remedie en un día lo que debe ser objeto de tiempo y de constancia. El medio de llegar al fin no es precipitar los acontecimientos y hacer programas ilusorios sin pensar en los elementos con que se cuenta para desarrollarlos.

Por eso no hago más que indicar lo mucho que ha de hacerse con calma y detenimiento, y trato con mayor amplitud lo que es de urgente é imperiosa necesidad que desaparezca para evitar cosas que son un padrón de vergüenza para quienes las consienten y autorizan.

F. OVILO



PRIMERA PARTE

CAUSAS DE LA DECADENCIA

I

Objeto de este escrito

Si en la lucha con los Estados Unidos nadie era capaz de profetizar la victoria para España, tampoco había quien hubiera esperado toda la extensión de lo acontecido. Y es que, aun prescindiendo de la instrucción militar y de los medios materiales de ataque y defensa, nadie conocía todas las faltas de organización y de reclutamiento de nuestra fuerza armada.

No puede haber ejércitos sin hombres útiles que los compongan, y con la actual Ley de Reclutamiento y Reemplazo no puede tenerlos ni el Ejército ni la Marina, y es mil veces preferible resignarse á ser juguetes de pueblos ambiciosos y hasta perder la independencia, que hacer los inmensos gastos que originan los ejércitos, si llegado el caso no pueden responder á su objeto por faltas de organización.

La necesidad de hacer economías, el falso concepto de la realidad en que vivimos, la falta de capacidad y de carácter de los que mandan para imponerse á las sinrazones

de las multitudes inconscientes que chillan y alborotan, son causas á las que debe atribuirse el mal estado del Ejército y de la Marina, que á tantas desventuras nos han traído. Por dolorosa que sea esta confesión es preciso hacerla, y penetrados de ella, poner remedio al malestar que nos abruma.

Por esa causa, al encargármese el discurso de inauguración de la Sociedad Española de Higiene en el presente año académico—que casi íntegro forma la segunda parte de este estudio,—escogí el tema *Consideraciones acerca de la Higiene militar en España*; pero ni la ocasión ni el tiempo me permitían en él ciertas aclaraciones y conceptos que considero deben hacerse públicos en interés de la Patria y del Ejército.

Tiene por objeto principal este escrito demostrar:

1.º Que con la Ley de Reclutamiento vigente no es posible tener ejército digno de ese nombre.

2.º Que un ejército así constituido ni puede esperar victorias gloriosas, ni aun oponerse con éxito á un invasor bien organizado.

3.º Que la Higiene Militar—tan indispensable á la conservación de las tropas—está en España en el más lamentable abandono.

4.º Que el establecimiento en estas condiciones del servicio militar obligatorio—del que soy ardiente partidario—resultaría un fracaso, y que el legislador que se atreviera á implantarle sin las modificaciones necesarias en la ley, demostraría ser un ignorante ó un enemigo del pensamiento decidido á matarle á traición con el descrédito.

Veamos ahora las pruebas de lo dicho, aunque lo acaecido, con la inexorable lógica de los hechos, dice más que cuantos argumentos puedan exponerse, y en el ánimo de todos está que, á no remediarlo, pronto veremos el final del desmoronamiento de nuestras instituciones armadas.

II

El origen del mal

Se llama al servicio á muchachos sin formar, precisamente en una de las épocas más críticas para el organismo, y confiándose en el espíritu de raza, se les obliga á suplir con él las fuerzas físicas de que aún carecen; viéndose impulsados á desarrollar energías que son incapaces de producir con la intensidad que se les reclama, hasta que aparece esa fatiga demostrada por los experimentadores, que es nuncio de la degeneración ó de la muerte. En tiempo de paz ocasiona todo eso un criminal y vergonzoso aumento en la mortalidad, y en la guerra, lo que, por ser de todos tan sabido, no he de estampar aquí.

Nuestros soldados así elegidos, saben luchar y morir heroicamente y hasta vencer en momentos determinados; pero carecen de condiciones para resistir las continuadas fatigas de una larga campaña, porque la falta de fuerzas hace traición á su voluntad. A la fatiga física—y éste es un hecho probadísimo por la ciencia—sigue más ó menos tarde el decaimiento moral, que por contagio se va extendiendo poco á poco entre la gente útil; los jefes y oficiales se aperciben, tratan de reanimar á sus soldados, y lo consiguen con éxito de momento; pero el mal continúa, y convencidos de lo irremediable de un daño que tratan de ocultarse á sí mismos, pierden la confianza á su vez, y cuando este caso llega, el general puede hacer poco ó nada de provecho.

El mal sigue en proporción creciente cuando las tropas así organizadas combaten fuera del país, y llega al máximo de intensidad cuando lo verifican en climas tropicales, cuya acción deprimente sobre el sistema nervioso es

tan conocido. Se comprende la justicia con que el general Primo de Rivera suplicaba no se le enviasen á Filipinas soldados menores de veintitrés años; allí, quizás como en parte alguna, se habían de convertir aquellos mozos sin desarrollar en un peligroso elemento que arrastrara á la gente útil en su caída. Seguro estoy de que los jefes de los cuerpos armados en nuestras campañas coloniales, primeras é inmediatas víctimas de tales equivocaciones, hubieran puesto el grito en el cielo, si el freno de la disciplina no les hubiese contenido; y conviene tener presentes estas circunstancias y otras que siguen antes de formar juicios y determinar responsabilidades (1).

Vivimos en una atmósfera ficticia, engañándonos unos á otros, enmascarando con mentidos perfumes el olor á podrido que se respira por todas partes. A duras penas confesamos que somos indolentes y que acostumbramos á dejar para mañana lo que podríamos hacer hoy; pesan sobre nosotros las mayores calamidades, sin que intentemos el remedio; nos hemos acostumbrado tanto á la inmoralidad, que no se considera crimen infamante apoderarse de lo ajeno—si lo ajeno es del Estado;—llamamos irregularidad al robo, y nos tratamos con el ladrón, le estrechamos la mano, y hasta le recibimos en nuestra casa como si fuera una persona decente. Nos hemos hecho ya de tal suerte á todo, que estos conceptos hoy no causan más impresión que una sonrisa de desdén, y hasta se llama tonto al que los emite; así el mal se extiende por todas partes y penetra en todos los rincones, el que está predispuesto

(1) No quiero decir con esto, ni mucho menos, que la única causa de nuestras desventuras hayan sido las malas condiciones en que se encontraba nuestro soldado; fué una de las más importantes, y por lo que lejos de reprimirle se le debe compadecer, tanto más cuanto que en esa tragedia le tocó hacer el papel de víctima inocente de los errores ajenos. Además de esa, hubo otras causas que originaron el desastre; pero no son de íntole sanitaria y no me he de ocupar de ellas. No tienen ya remedio, y recordarlas produce indignación y vergüenza.

se contagia y es uno más, los otros se encogen de hombros y ¡vamos viviendo!

Si tales suciedades pasan de ese modo, ¿cómo no hemos de tapar aquello en cuya ocultación puede interesarse el amor propio y en que por ocultarlo no hay delito aparente?

Está demostrado que la fatiga en el hombre produce la degeneración; pues con los pueblos acontece lo mismo que con los individuos. Desde principios de siglo no hemos tenido tranquilidad; nos hemos visto devorados por guerras que nos han empobrecido; los habitantes de las grandes ciudades no nos hemos apercibido del malestar y pobreza de las aldeas, cuyos habitantes, después de ímprobo trabajo, sólo comen lo indispensable para no morir, pero no para nutrirse, y todas estas causas de fatiga han degenerado los organismos. Desde 1869 sostuvimos mortíferas campañas que empobrecieron físicamente á la juventud durante diez años, y que naturalmente habían de producir una descendencia con el estigma de la miseria orgánica.

Viril, sufrido y heroico es el soldado español, pero no se le puede exigir que dé lo que no tiene; nuestros soldados se podrán batir bien, porque eso está en su espíritu, pero no soportarán el peso de las campañas cuando estando en las circunstancias expresadas se les llama inoportunamente.

En condiciones análogas se encontraba Francia cuando Napoleón hizo el gran llamamiento, en el que entraban todos los jóvenes de diez y nueve años y aun algunos que no los habían cumplido. Caro le costó el ensayo, que se cuidó muy mucho de no repetir, y aun cuando en 1814 se veía envuelto por los ejércitos aliados y le faltaban fuerzas, prefirió acudir á conscripciones anteriores, arrostrando la impopularidad que había de ocasionarle, pero la experiencia no fué desdeñada nunca por tan gran caudillo.

Si á la miseria orgánica heredada por esas causas se une la pobre alimentación del pueblo y la falta de educa-

ción física de los que viven sin higiene en los centros de población y se agrega su llamamiento á las filas del Ejército tan fuera de tiempo, se comprenderá bien cuanto llevo dicho. No ya los mozos que no han llegado á su desarrollo, los hombres formados están en visible decadencia, lo que explica en parte la apatía, la indiferencia y la falta de protesta viril ante cuantos males nos afligen y soportamos tan pacientemente.

III

Las consecuencias.—Mortalidad del Ejército

Por la Ley de Reclutamiento y Reemplazo deben ingresar en Caja el 1.º de Noviembre, si antes no se les llama, todos los mozos que cumplan desde 1.º de Enero á 31 de Diciembre diez y nueve años. A esa edad, por razones dichas y que se dicen con más extensión en la segunda parte de este estudio, el hombre no está formado aún, y el ingreso en el Ejército es para muchos un sacrificio inútil de la vida, sin provecho para el país y aun contra sus intereses, porque el sistema, sobre ser inhumano, resulta más caro que si fuera racional.

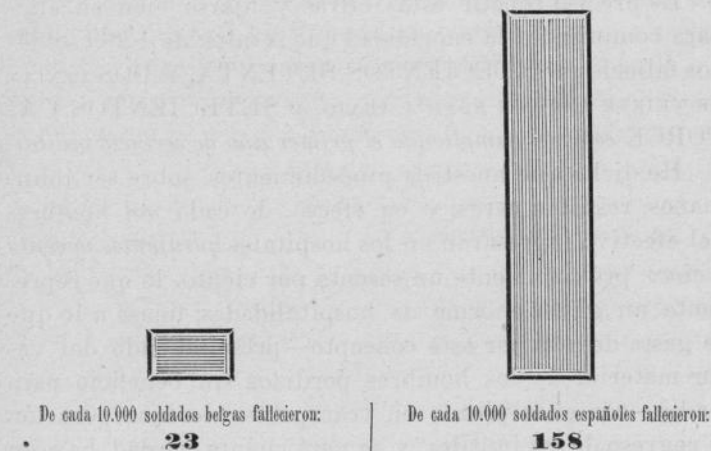
Los hechos responden á las aseveraciones de la ciencia. El Ministerio de la Guerra ha publicado estos días un precioso documento que lo comprueba: *Memoria-Resumen de la estadística sanitaria del Ejército español en 1896*. Abundan tan poco en España los hombres que desde las alturas se atreven á decir la verdad al país, cuando la verdad resulta amarga ó cuando las artes de la política la pueden transformar en arma venenosa, que ese acto de hombría de bien del Ministro de la Guerra poniendo al desnudo el miserable estado del Ejército, revela que el sentimiento de la Patria puede más en él que otros intereses más egoís-

tas, y merecerá el aplauso de las personas honradas. Por otra parte, y esto es lo esencial, conocer y señalar el daño es el primer paso para corregirle.

Aun cuando los exigentes han de encontrar en esa Memoria lunares—que no son imputables á sus redactores,—revela ser producto de grandes desvelos, mucha cultura, conocimientos demográficos nada vulgares: es el primero en su género de los publicados hasta la fecha y honra en alto grado á la Sección de Sanidad militar del Ministerio de la Guerra.

De ese documento oficial se desprende que *la mortalidad del Ejército español que en 1896 prestaba sus servicios en la Península solamente, ha sido cinco, seis y hasta siete veces mayor que la de otros Ejércitos europeos*; que la cifra de mortalidad va en progresión creciente, y que se ceba de manera desastrosa en los jóvenes que acaban de ingresar en el servicio.

Comparada la mortalidad del Ejército belga—del que me ocupo más adelante—con la del nuestro durante el año de 1896, resulta:



y no se debe olvidar que en esa cifra española sólo se incluyen los fallecidos del cupo de la Península.

No creo necesario emplear otro argumento; no habrá otro más elocuente, aunque resulte tético: el que teniendo hijos que puedan ser llamados á las filas en las condiciones actuales, ó el que sin tenerlos no se conmueva, tampoco necesita leer los conceptos que siguen.

Por término medio hubo en las filas ese año 80.181 hombres, de los cuales murieron 1.269, de las edades siguientes:

Mayores de 21 años.....	194
De 21 años.....	303
De 20 años y menos.....	772

Aunque la demostración de lo dicho es evidente, todavía se aclara más con la nota de los fallecidos, según el tiempo de servicio en filas:

Murieron en el primer año del servicio.....	714
En el segundo	395
Dos años y más.....	160

Es preciso repetir estas cifras y fijarse bien en ellas para comprender la enormidad que resulta: de 1.269 soldados fallecidos SETECIENTOS SETENTA Y DOS TENÍAN DE VEINTE AÑOS DE EDAD Á ABAJO, y SETECIENTOS CATORCE *estaban cumpliendo el primer año de servicio militar.*

He dicho que nuestros procedimientos, sobre ser inhumanos, resultan caros, y en efecto, de cada *mil* hombres del efectivo ingresaron en los hospitales *quinientos noventa y cinco*, próximamente un sesenta por ciento, lo que representa un gasto enorme de hospitalidades; únase á lo que se gasta de más por este concepto—prescindiendo del valor material de los hombres perdidos sin beneficio para nadie—con el empleado en transportes de incorporación y regreso de los inútiles, y se verá cuánta verdad hay en ello. En dicho año se declararon inútiles 4.475 soldados de los 80.181 que estaban en filas, que unidos á los muer-

tos dieron nada menos que un total de bajas definitivas de 5.744, es decir, más de 71 hombres por cada 1.000 soldados.

¿Para qué hacer comentarios?

La Ley de Reclutamiento y Reemplazo, á la que se deben en gran parte estos males, no constituye tampoco una garantía para el Estado ni para el particular. Los recientes escándalos de Murcia lo confirman.

Un General, muy celoso, que tan justa fama de organizador goza en España y en el extranjero, introdujo en la antigua ley modificaciones importantísimas, que si pueden señalar los abusos y los delitos, no son suficientes para impedirlos, y tal vez ni para castigarlos como se merecen; y es que esa ley no admite modificación: hay que reemplazarla por otra que en nada se la parezca.

4.475 inútiles en un ejército de 80.181 hombres, son muchos inútiles dentro de las filas y en tiempo de paz. Y basta mirar las causas que originaron la inutilidad para adivinar que no puede ser así; de los 4.475, nada menos que 749 lo fueron por hernias, 699 por tuberculosis, 509 por flegmasías respiratorias y 293 por lesiones cardíacas.

Bien puede asegurarse que la mayoría de estos inútiles fueron á las filas sin deber ir, y es porque los reconocimientos que se hacen ante las Comisiones mixtas no responden ni pueden responder á su objeto, en cuanto se presente algún caso que de lo ordinario se salga. Aparte de los reconocimientos de los mozos que estén rebosando salud ó de aquellos que padezcan defectos ó enfermedades que ve cualquiera, los que ofrezcan alguna dificultad no se hacen de modo que satisfagan á un facultativo de conciencia escrupulosa. Ni los locales ni los medios de exploración de que se dispone en muchos casos se prestan á ello. La observación de los útiles condicionales—¿por qué no decirlo?—no está siempre á la altura de lo que debiera, y todo se reúne para llegar á tan deplorable resultado.

A todo lo expuesto contribuye también el desconoci-

miento y el abandono de la Higiene militar, á lo que hay que atribuir muchas defunciones é inutilidades.

IV

Abandono de la Higiene militar

El número de fallecidos é inútiles causados por la tisis, 298 de los primeros y 799 de los segundos, que dan un total de 1.097 bajas por tuberculosis, llena de estupor, porque además de lo que representa se adivina la semilla dejada por esos infelices en nuestros deplorables cuarteles, pronta á contagiar á los sanos predispuestos. Podrá decirse, por lo antes expuesto, que muchos ingresaron contaminados y que no debe imputarse todo á la falta de higiene; pero no se afirmará lo mismo tratándose de una enfermedad perfectamente evitable, y que casi ha desaparecido ya de los ejércitos civilizados que merecen llevar ese nombre.

El año 1896 ingresaron en los hospitales militares 1.408 individuos con VIRUELA y fallecieron 85. Entre todo lo que llevo dicho no hay nada que nos pueda causar más dolor y vergüenza que ese dato, sobre el que la Memoria-Resumen pasa como sobre ascuas. Comprendo y respeto el por qué; pero por sensible que me sea, yo no puedo encerrarme en ese silencio.

Es sabido y demostrado hasta la saciedad que se puede prevenir y evitar la viruela, aunque cueste no poco trabajo y solicitud el conseguirlo; es cosa tan fuera de duda, tan fuera de discusión y tan demostrada por los hechos, que cuando algún caso de viruela se presenta en otros ejércitos, es objeto de la atención más viva, tanto por los médicos cuanto por las autoridades militares: se investigan las causas, se analiza el por qué, y las preocupa-

ciones no cesan hasta que el foco se extingue por completo.

Se considera en esos ejércitos, y con razón, que es vergonzoso, que desdice de su cultura, tener enfermos de esa clase, y á fuerza de cuidados consiguen no tener defunciones por viruela.

¿Por qué no aspirar nosotros á lo mismo contando, como contamos, *con medios* para ello?

En el Instituto de Higiene Militar se prepara la linfa preservadora con esmero grandísimo, bajo la dirección de persona de excepcional competencia científica; allí se aplica y se enseña á emplearla con éxito. Por otra parte, en el año de referencia se hicieron en el ejército nada menos que 42.537 vacunaciones y revacunaciones, de las que tuvieron éxito 20.336. ¿Pero es esto suficiente?

Precisamente porque no lo es debe causarnos el mayor rubor. La viruela se combate, ó mejor dicho, se previene con la vacunación y revacunación en primer término; pero además reclama, como todas las enfermedades contagiosas é infecciosas, desvelos y solícitos cuidados. No solamente el médico: desde el general que está al frente de un cuerpo de ejército, hasta el más modesto individuo de los que ejerzan mando, deben preocuparse por asunto de tan vital interés, demostrándose por los resultados el grado de cultura de todos. Aunque sobre la Sanidad Militar pesen las mayores responsabilidades, las demás clases del ejército no se ven libres de ellas: de poco sirve vacunar y revacunar si no se investigan las causas de los éxitos, infelices en muchos casos; si no se vuelve á insistir en la revacunación de tiempo en tiempo en estos últimos; si al presentarse un caso de viruela en un cuartel, no se practica una desinfección verdadera y racional de los objetos que hayan podido ser contaminados por el enfermo; si éstos no son aislados convenientemente, y si sus ropas, al salir del hospital, no son pasadas por la estufa de desinfección ó

destruidas. Como se ve, la extinción de la viruela en el ejército debe ser obra de todos, basándose en los conocimientos de la Higiene militar, de la que todos deben poseer algunos elementos y de la que, por desgracia, tan poco caso se hace en nuestro país.

V

Por qué no se aplica la Higiene militar

Lo primero que se necesita para aplicar un conocimiento, es estar en posesión de él, y los conocimientos de Higiene militar en España están á la altura de los que se tienen de Higiene pública y privada (1).

En las Academias militares consta por fórmula la asignatura de Higiene militar; en ninguna se enseña—cuando se enseña,—incluso en la Escuela superior de Guerra, por profesores que, aun siendo dignísimos y capaces en otras materias, reúnan la competencia necesaria para inculcar en los alumnos los conocimientos que deben poseer sobre el asunto. Así como es más difícil escribir un Catecismo á la altura de todas las inteligencias, que un tratado de Filosofía moral para los teólogos, es más difícil explicar lo elemental de una ciencia á quienes no tienen una base para comprenderla.

El higienista moderno necesita poseer grandes conocimientos de física, química, historia natural, anatomía, fisiología, antropología, etiología, geografía médica, estadística y otros muchos ramos del saber humano, en los

(1) En pocas Universidades existen laboratorios de Higiene, sin los que no es posible estudiarla, ó si los hay son de adorno, y tenemos tal concepto de esta ciencia, que se da el nombre de *servicio de Higiene* á un ramo de la Administración origen y foco de las más sucias y corrompidas inmoralidades.

que hoy encuentra la Higiene los fundamentos de sus doctrinas, después de haber salido del empirismo y de las consejas del vulgo.

Para poder explicar la Higiene militar se necesita además de esos conocimientos que pudiéramos llamar generales, un estudio del modo de ser y funcionar del soldado; precisa haber vivido con él y conocer sus necesidades bajo el punto de vista médico.

¡Cómo han de explicar la asignatura de Higiene militar quienes no hayan hecho esos estudios, cuando la mayor parte de los médicos sólo conocen esta especialidad superficialmente!

Y así debe ser. Tiene tales exigencias la Higiene, que el médico que se dedique á esta especialidad no tiene tiempo material de dedicarse á ninguna otra, y como en España no hay cuerpos de medicina sanitaria, ni se acostumbra á recompensar de modo práctico y positivo estos servicios, ni aun se recompensan con cargos honoríficos, que se reservan, casi siempre, á la influencia ó á la amistad, muy pocos tienen la abnegación de sacrificarse por los demás, sabiendo que no recogerán ni el agradecimiento, porque no se agradece más que lo que directamente favorezca al individuo en particular, aquello que directamente le atañe.

En lo civil como en lo militar, el médico que se siente con alientos para sobresalir, en vez de engolfarse en los estudios de investigación y de higiene, que son largos, ingratos y costosos, busca y encuentra en otras especialidades lo que haciéndole útil también á la humanidad le proporciona clientela, bienestar, relaciones personales y la influencia que se desprende de la clase de servicios que presta.

Cerrados á piedra y lodo los escalafones en los cuerpos de Sanidad Militar y de la Armada para evitar que el favoritismo los asalte de mala manera, y con un sistema de recompensas mísero y poco práctico, la verdad es que los

hombres estudiosos tienen pocos alicientes para sacrificarse. El aplicado estudia aquello que le puede producir ventajas materiales y un buen nombre á la par; el que no lo sea—que en cuerpos tan numerosos fácil es que haya alguno—preferirá siempre á los tratados de higiene y á las deducciones engorrosas de la demografía, hojear el respectivo escalafón, y no se ocupará de otras estadísticas que las que se desprenden de tan útil librito, seguro, como podrá estar, de que por mucho que estudie y trabaje el que le sigue, no ha de llegar antes que él á los primeros lugares de su carrera. Otra cosa sería si, como sucede en otros ejércitos, no se concediera el ascenso—por lo menos en los grados inferiores—al que por medio de un examen y por su comportamiento científico y militar no demostrara que podía desempeñar bien el empleo superior.

A pesar de todo, hay médicos en el Ejército y en la Marina—no muchos—que hacen de la Higiene militar y naval su estudio favorito. Amigos y muy queridos maestros míos todos ellos, tienen la consideración, el aprecio y el respeto que se merecen, pero nada más. Si los méritos de algunos se ven recompensados, débenlo, más que á sus servicios al país, por sus estudios y trabajos acerca de la Higiene, á circunstancias especialísimas que les adornan; porque repito que aquí no sólo no se les ayuda, sino que hasta no siempre se les emplea en beneficio de todos (1).

(1) Es una triste verdad. Los mejores higienistas de la Armada, que honran á la Marina y á la Patria y que son más conocidos en el extranjero que aquí, no ocupan destinos activos. En Sanidad Militar no hay ninguno enseñando Higiene en otras academias que en la de Sanidad Militar.

El Ministro de la Guerra, asesorado por el ilustrado Consejo de la Sección de Sanidad del Ministerio, ha organizado con buen acuerdo esa Academia, en la que se da á la Higiene militar la importancia que se merece. Los profesores de dicha Academia han sido cuidadosamente escogidos; los alumnos, llenos de entusiasmo, siguen sus lecciones con provecho; es de lo poco que se puede elogiar sin distinguos. ¡Dios quiera que el furor de falsas economías no lo destruya por lo mismo!

No se concibe que no se dé más importancia que la que se da en el Ejército á la Higiene militar. Así resultan comprometidos los intereses del país y el buen nombre de los jefes militares. No se puede disponer nada sobre asuntos que se desconozcan del todo, y la salud del soldado es tan importante como que sin ella no hay ejército.

En muchas ocasiones he oído enormes dislates á jefes, muy ilustrados y cultos; por fortuna, he tenido la suerte de ser atendido en mis peticiones en favor de la higiene del soldado en los momentos de más apuro; pero otros no han tenido igual suerte por luchar con gente que no por mala fe, sino por ignorancia absoluta ó terquedad, no han visto el desastre sanitario hasta que fueron arrastrados por él. El amor á la justicia me hace declarar que no siempre son los generales los responsables; los hay que por su amor á la Higiene y los cuidados que prodigan al soldado merecen alabanzas. Los generales Martínez Campos y Polavieja se distinguen entre otros; si en las campañas que han dirigido no han hecho más, será porque no se les haya expuesto con claridad y método cuanto las tropas necesitaran, ó por carecer en absoluto de recursos, cosa muy frecuente entre nosotros, donde todo se deja para mañana, sin recordar que la organización de un ejército no puede improvisarse.

Este desconocimiento de la Higiene y la falta de organización sanitaria influyen poco menos que la Ley de Reclutamiento en el mal estado de salud del Ejército, y son dos causas más que le inutilizan enfrente de un enemigo medianamente organizado, ó que esterilizan sus esfuerzos ante cualquier otro, como ha sucedido en Cuba durante tres años.

Y no me extiendo en más elogios acerca de esos profesores y alumnos, porque no se estime cumplimiento de antiguo compañero y porque estoy convencido de que en España—tal vez como síntoma de degeneración y decadencia—se hace más daño con los aplausos que con las censuras.

VI

Consecuencias de la falta de Higiene

38.487 estancias de hospitales causadas por la viruela, 48.633 por oftálmicos y 40.059 por enfermedades de la piel en 1896, en un ejército de poco más de 80.000 hombres, son cifras que, unidas á los 145 inútiles por tiña y 184 por debilidad general, hablan muy poco en favor de la Higiene militar y deben ser objeto de meditación y estudio del Ministro de la Guerra.

Allí donde la higiene del soldado y la alimentación es mejor, como sucede en los presidios de Africa y en Canarias y Baleares, la mortalidad es infinitamente menor. En la Comandancia general de Melilla, la cifra de mortalidad es de 1 con 88 céntimos por 1.000 (1), y en cambio en la 7.^a Región, que es la más castigada, es de 24 con 39. Más claro: de los 3.707 soldados de la guarnición de Melilla, murieron 10 solamente; de los 4.346 soldados, término medio, de la de Castilla la Vieja, fallecieron *ciento seis*. Véase el máximum y mínimum de mortalidad en el presente cuadrito, que suplico se lea con detención:

DISTRITOS Ó REGIONES	Fuerza media men- sual.	Fallecidos	Proporción por 1.000
7. ^a Región (Castilla la Vieja).....	4 346	106	24'39
8. ^a Región (Galicia). ...	3 637	87	23'66
Canarias	1 373	6	4'36
Baleares.....	2 839	9	3'17
Com. ^a general de Ceuta.	2 836	10	3'52
Com. ^a general de Melilla.	3.707	7	1'88

• (1) No creo que haya ningún ejército que dé un resultado más favorable en la cifra de mortalidad.

Aunque alguno crea que se debe tan enorme diferencia á los diversos climas—lo que seguramente influye bastante,—la desproporción es tan enorme, guarda tan poca relación con la mortalidad general (militar y civil) comparada de unas y otras regiones, que es muy difícil hallar explicación satisfactoria (1).

Pero acudamos á ese resorte, á esa piedra de toque, que descubre la buena higiene de un ejército: los casos de viruela ocurridos en esas regiones. En Melilla la guarnición se componía de 3.707 hombres, 70 soldados más que la de la 8.^a Región (Galicia); casi con igual fuerza aquélla pierde 7 hombres, esta última 87; ¡ochenta más! Y qué cosa tan extraña: en Melilla no hubo ningún caso de viruela y de esa enfermedad no murió, por lo tanto, ningún soldado; en cambio en la 8.^a Región hubo 57 atacados y ocho muertos por la viruela.

En Canarias, Baleares y Ceuta, allí donde la mortalidad de nuestro ejército no pasa de la cifra racional de los que están bien atendidos, tampoco hay ninguna defunción causada por la viruela; se han presentado algunos casos; pero, como se ve, benignos y como corresponde á los desvelos de los que mandan y ejecutan. La 7.^a Región, la más castigada de todas, es también la que se señala por la mayor proporción entre los atacados de viruela y la fuerza en revista.

(1) Pongamos un ejemplo. Según los datos oficiales de publicación más reciente, la mortalidad en las islas Baleares y Galicia es la siguiente, en la que están comprendidos, no sólo los jóvenes fuertes, robustos y sanos que deben formar el ejército, sino los ancianos y los niños. De esos datos se deduce, que la mortalidad en Baleares es de 20'75 y la de Galicia de 23'03. Dada esa proporcionalidad, siendo la del ejército en aquéllas islas de 3'17, la de la 8.^a Región no debió pasar de 3'51 por 1.000. Más claro para los que no están habituados á estos estudios: de los 87 soldados fallecidos en la 8.^a Región en 1896, han muerto por lo menos 64 que no han debido morir, ó cuya muerte no tiene lógica ni racional explicación en un ejército bien reclutado y atendido y conservado por la higiene.

No hay la menor duda. Cuanto sucede es lógico. Los Comandantes generales y Jefes de Sanidad de Melilla, Ceuta, Canarias y Baleares merecen que se les cite con aplauso, ya que para ellos no han sido inútiles los sacrificios hechos por los padres dando sus hijos para el Ejército y los del país dando su dinero.

VII

Desastre sanitario de Cuba

Las deducciones de la estadística sanitaria castrense son la demostración más clara de las necesidades de un ejército; en ellas deben inspirarse las medidas para su buena organización, porque sin hombres no hay soldados, y no hay soldados sin buena organización sanitaria, que no puede improvisarse de momento.

Esta falta de organización nos trajo en Cuba uno de los más grandes desastres sanitarios que hemos sufrido; por esa falta han sido estériles los sacrificios hechos por el país, y la lucha con los insurrectos se ha prolongado, hasta provocar el choque con los Estados Unidos, que de otro modo tal vez hubiera sido posible retardar algún tiempo.

Llevo indicado que los reclutas elegidos fuera de sazón y sin condiciones para una larga campaña, á pesar de toda su bravura, no son un buen elemento para el Ejército peninsular, ni aun en tiempo de paz; bien lo dicen los enfermos y fallecidos que señala la estadística.

Transpórtense estos muchachos á climas tropicales sometiendoles á los rigores de una campaña en la que el menor riesgo es el de las contingencias de la guerra, y aunque se les atienda y cuide con esmero dándoles todo lo suyo—como se dice en los cuarteles—pronto serán un plan-

tel de enfermedades, y la rémora más fatal que ese ejército pueda tener para perseguir con éxito á un enemigo que se oculta.

Así lo comprendió un hombre tan sagaz y prudente como el general Azcárraga, que hizo cuanto pudo para enviar cuerpos organizados y compuestos de las tropas veteranas de que podía disponer; pero como estas cosas no se improvisan ni pueden improvisarse de momento, llegó el día en que, faltando veteranos, hubo necesidad de enviar reclutas de diez y ocho y diez y nueve años.

Es muy triste decirlo, pero es la verdad: como la pobreza ha viciado los organismos, como éstos por la fatiga, por la falta de alimentación reparadora y de ejercicios físicos racionales han decaído notablemente en una gran masa depoblación, carecían los soldados de buena base para resistir las nuevas fatigas que debían soportar. Si allí hubiesen recibido los auxilios de una buena organización sanitaria, si las leyes de la higiene se hubiesen cumplido, si la alimentación hubiese sido reparadora, tal vez su espíritu habría encontrado alientos para mayor resistencia.

Los sufrimientos del soldado en Cuba han sido mayores de lo que las gentes se imaginan; sufrimientos que no se ven, que no lucen; por eso los días de combate eran para nuestro Ejército días de alegría y de satisfacción. Desde el primero hasta el último sabían perfectamente que los menores riesgos que allí se corrían eran los de las balas ó los machetes; que el verdadero enemigo—el clima—les acechaba emboscado por todas partes, y de momento esperaban la muerte obscura y silenciosa, sin la gloria del que la recibe en el campo de batalla.

De lo que no se cuidaban, porque no lo conocían, era de la falta de higiene y de organización sanitaria. El general Martínez Campos, que tiene una verdadera obsesión por todo lo que atañe al alimento y á la higiene del soldado en campaña, que conocía como pocos prácticamente

aquella guerra, sabiendo con cuánta facilidad puede disolverse un ejército en aquellos manglares y sabanas, exageró los medios de que disponía y exigió hasta imposibles, y para obtener algún resultado subordinó—indudablemente—algunas operaciones militares al cuidado de la salud de unas tropas que podían desaparecer en un momento.

Disponía en general de un ejército no muy numeroso compuesto de soldados veteranos aclimatados en el país—12.000 hombres próximamente—y de cuerpos organizados que se le habían mandado de la Península, pero entre los que había mezclados reclutas muy jóvenes y con poca instrucción militar. Así y todo el Ejército de Cuba, aunque reducido, ofreció en aquella época mayores elementos de resistencia que nunca.

La fuerza más numerosa de que pudo disponer—76.272 hombres en fin de Septiembre de 1895—no había dado un contingente numeroso de enfermos, fallecidos é inútiles; pero al verificarse la invasión de los insurrectos á Occidente, se ve obligado á exigir de ellos un violentísimo esfuerzo. Máximo Gómez empleaba el sistema seguido en todas las guerras separatistas de América y llevaba un gran número de caballos, con los que pudo realizar sus algaradas, cansando á las columnas que le perseguían y no dejándose coger sino cuando le convenía. Haciendo un supremo esfuerzo, el general Martínez Campos logró batirle en Matanzas; pero la política de la guerra le obligó á pasar á la Habana, y por lo tanto no pudo perseguir personalmente al cabecilla, consumando su derrota.

¿Pudo en el general Martínez Campos, en su regreso á la Habana, tanto como los deberes políticos, el considerar el cansancio natural de unas tropas tan fatigadas en aquellos días? Bien puede suponerse por todo el que haya sido testigo presencial de aquella guerra, que necesitaba ante todo mucha *infantería montada*, de la que carecíamos.

En los primeros días de Febrero de 1896 llega el general Weyler á la Habana y se hace cargo de un ejército de 124.000 hombres próximamente, cuyo estado nos conviene examinar, aunque sea á la ligera: una mitad se componía de los restos del que mandaba su predecesor, ya aclimatados, sí, pero cansados y debilitados por los trabajos de los últimos tiempos y por la acción enervante del clima; y la otra mitad, por fuerzas que se le enviaron de la Península, en su mayor parte bisoños, con una instrucción militar muy somera, mezclados con algunos soldados de uno y dos años de servicio.

Repartidas convenientemente las fuerzas, empezó el gran movimiento de tierras de las trochas, que había de extender en la atmósfera el terrible veneno palúdico. La gente nueva, cuya sangre peninsular no se había empobrecido aún por el clima, resistió bien al principio, y nada que no fuera lo común y ordinario en aquella clase de guerra ocurrió hasta el comienzo de las grandes operaciones para llevar á la provincia de Pinar del Río 42.000 soldados.

La organización sanitaria de un ejército—que, como he dicho repetidas veces y he de repetir más, no puede improvisarse—estaba reducida en Cuba á las más imperiosas necesidades; deficiente, como era, podía pasar, dada la distribución del ejército antes de comenzar aquellas operaciones. No me cabe duda, estoy seguro de ello, que al jefe de Sanidad Militar, hombre ilustradísimo, práctico y de ciencia universalmente reconocida, no se le había de ocultar la necesidad de poner en conocimiento del General en Jefe la precisión de organizar nuevos hospitales, depósitos de convalecientes y sanatorios en buen número y bien distribuídos, para una función de guerra, que—en Cuba—es tanto militar como sanitaria.

Al general Weyler, que no es de los que pasan por ninguna parte sin mirar y sin aprender lo que mirán, y

que había desempeñado con acierto la Dirección general de Sanidad Militar en la Península, tampoco se le habían de escapar aquellas necesidades; pero es ya añejo que los jefes de Sanidad Militar pidan y que los que mandan rebajen mucho de lo pedido, y á la verdad, no se previno todo cuanto debía organizarse.

Indudablemente contribuyó á ello lo que vengo sosteniendo en todo este escrito: el afán que tenemos de dejar todo para mañana; el no dedicarnos á estudios y trabajos que tienen escasa ó nula recompensa; la pereza que á todos nos domina, y el poco cuidado que ponemos en observar cuanto nos rodea en tiempo y sazón oportunos.

La provincia de Pinar del Río, siendo de las más pobladas y pacíficas, era la que menos conocíamos; para todo el mundo era lo mejor y lo más sano de Cuba, y aunque así lo fueran sus poblados, no sucedía lo mismo en el terreno donde tenían que operar las tropas. La trocha de Mariel, que exigió mucho movimiento de tierras, había extendido el veneno palúdico por sus inmediaciones; pero gracias á los infatigables cuidados del general Arolas, que, dentro de sus conocimientos, realizó verdaderos milagros en provecho de la Higiene, no hizo entre sus tropas los enormes estragos que hubieran sido de esperar; hubo, sí, muchos palúdicos; pero como la limpieza era extraordinaria, los cuidados solícitos, el alimento lo mejor que se podía, los hospitales allí establecidos fueron entonces más que suficientes á sus necesidades. Este éxito relativo, y quién sabe si la creencia de que las operaciones habían de ser de muy corta duración, debieron producir una engañosa confianza, precursora del desastre.

Ahí estuvo la falta: en esa imprevisión, cuantos males se siguieron tenían fatalmente que suceder. Sentada aquella premisa, las consecuencias son naturales.

Avanzan de Occidente 42.000 hombres, y á poco tiempo de llegar, 30.000, en números redondos, contraen el te-

rrible paludismo, y más de 13.000 necesitan imprescindiblemente pasar á los hospitales, que no existían ni en el número, ni en la capacidad, ni en los lugares convenientes. Faltan los medios de evacuación para tanto enfermo y se improvisan como se puede; la infecta bahía de la Habana se ve rodeada de hospitales, sin que la Dirección de Sanidad, ni aun creo que el mismo General en Jefe, tuviera conocimiento de la llegada de los soldados á algunos de ellos, hasta que en almacenes, en los que se veían aún sacos de azúcar—á que estaban destinados—llegaron los primeros enfermos, y entonces ocurrieron los hechos de que sólo dieron idea los periódicos de aquella época, y que produjeron tanto escándalo.

Fueron aquellós días de verdadera angustia, tanto para el que mandaba como para los que obedecían; en ellos se excedieron todos para remediar en lo posible aquel desastre, más dañino que una derrota en los campos de batalla; la aglomeración de enfermos en número tan infinitamente superior á todas las previsiones, originó muchas faltas, muchísimas; pero ciertamente menores á las que hubieran podido esperarse, gracias á los esfuerzos de todos. Soldados hubo que murieron sin que se supiera quiénes eran ni el Cuerpo á que pertenecían; detalle frecuente en estos casos en los ejércitos y que pinta como nada lo que fué el todo.

En aquellos momentos, muchos de mis antiguos compañeros realizaron los actos más grandes y más heroicos, por lo mismo que son los más penosos y menos conocidos, que lleva á cabo el médico militar, luchando sin elementos, en medio del pavor y del aturdimiento generales, contra la muerte. Treinta y seis, y hasta cuarenta y ocho horas seguidas llevaron algunos sin descansar un instante, sin dormir, apenas sin comer, hasta caer rendidos y sin conocimiento en los mismos camastros de los enfermos á quienes atendían. No he de extenderme, *por ahora*, en muchas consideraciones acerca de lo sucedido entonces, que merece

más tiempo y espacio del que puedo disponer hoy; pero al indicar lo indispensable de la previa organización sanitaria en los ejércitos no podía menos de citar lo ocurrido en Cuba, y un sentimiento de justicia me ha obligado á decir algo sobre aquellos compañeros míos que tan bien cumplieron con su deber y que tan miserablemente por cierto han visto recompensados sus esfuerzos.

El ejército, ya debilitado anteriormente, recibe un golpe fatal, y desde entonces la enfermería acrece, la repatriación—no en tanto número como hubiera convenido—aumenta, y se da el espectáculo de los vapores que van dejando señalada su estela por un rastro de cadáveres.

Los enfermos asistidos en los diez últimos meses de 1895 en los hospitales militares de la isla fueron 49.485, que en los doce de 1896 ya suben á 232.714, y en el primer medio año del 97 casi tantos como en todo el año anterior: 201.247, ¡en los meses en que la enfermería y la mortalidad son menores en Cuba!

Pero el ejército, repartido en pequeñas porciones en toda la isla, no enviaba, ni con mucho, todos sus enfermos á los hospitales militares; en bastantes casos no era posible hacerlo, y se quedaban y morían en los destacamentos, ingenios y pequeños poblados que guarnecían.

Un trabajo notable de los Doctores Burot y Legrand, en el que se estudia la mortalidad comparada de las expediciones coloniales, señala nuestras pérdidas ocurridas en Cuba desde 1.º de Marzo del 95 á igual fecha del 97, nada menos que con la cifra de 55.588 fallecidos, que reparten así:

1.º Muertos en el campo ó á consecuencia de heridas.....	2.141
2.º De fiebre amarilla.....	13.322
3.º De enfermedades diversas.....	40.125
TOTAL.....	<u>55 588</u>

A mi juicio, la tercera cifra resulta exagerada. Por los estudios y Memorias publicados por el Dr. Larra, no menos notables y discretos que los de los Doctores Burot y Legrand, y por datos que tengo y pude tomar sobre el terreno, considero más exactas las que se refieren á las debidas á la fiebre amarilla y á función de guerra; aun así no bajarán de 30.000 hombres los que perdimos en los veinticuatro primeros meses de la guerra.

De modo exacto será muy difícil averiguar los muertos que por todas causas hemos tenido en esta última campaña; pero no faltarán muchos para *ochenta mil*. Haciendo un cálculo moderado de los que habrán fallecido al regreso por enfermedades allí adquiridas, nos podríamos dar por contentos si no pasaran de *cien mil hombres* en lo mejor de la vida lo que nos ha costado la última campaña de Cuba. En una población de 17 millones de habitantes representa esto una pérdida mayor de lo que puede suponerse y debe hacernos menos penosa la de una colonia que hace poco más de veinte años nos había arrebatado otros *ciento veinte mil hombres*.

A mi pesar, me he extendido en divagaciones al presentar una prueba de lo que es un ejército falto de buena organización sanitaria y de la de constituirle con soldados que no reúnen todas las condiciones físicas indispensables para el servicio.

VIII

El servicio obligatorio

Poco he de esforzarme para demostrar lo que sería entre nosotros el servicio militar obligatorio, si antes de implantarlo no se transforman las leyes, y con ellas las costumbres que hoy nos dominan.

Si los mozos criados en los campos y en los talleres, acostumbrados á toda clase de resistencias y penalidades desde su nacimiento, en los que la Naturaleza ha hecho una selección llevándose cuando eran niños, á los más débiles, ¿qué sucederá con los jóvenes ricos y de la clase media con la educación que, por lo general, reciben en los grandes centros de población, y entre los que hay muchos, muchísimos, que se han logrado solamente por los cuidados maternos?

Si los mozos del campo y del taller se desarrollan antes, por el género de vida á que la necesidad les impele, y sin embargo, se ve que á la edad en que esa ley absurda les llama al servicio no están aún formados, ¿qué vigor, qué energías —hablo en general— han de ofrecer los otros á la misma edad?

Criamos y educamos á la juventud de un modo particular, sin preocuparnos de su desarrollo físico; los ejercicios y el sport tan de moda en otros pueblos, son una excepción en el nuestro. Implantada en los Institutos como obligatoria la gimnasia, se ha admitido á regañadientes, y como no está en nuestras costumbres, como no nos ha entrado, casi puede asegurarse que la tal asignatura queda reducida en la mayoría de los casos, á una matrícula más que pagan los padres de los alumnos.

En las mismas academias militares la gimnasia, la equitación y la esgrima no tienen toda la importancia que merecen. Se admiten en ellas—ahora no tanto por fortuna—niños cuya inteligencia se ha madurado artificialmente, y á todos los alumnos se les sujeta á estudios pesadísimos, de poca aplicación práctica y que á esa edad han de romper el equilibrio entre lo psíquico y lo físico en perjuicio del organismo. ¡Y eso que el plan y método de estudio en las academias militares es superior, pero muy superior, al que empleamos en los centros de enseñanza civil!

Teoría, mucha teoría; textos difusos, engorrosos, que

aburren al que no posee una inteligencia privilegiada, y que al que la tiene le convierten en un retórico, en un soñador, y de cualquier modo, en un hombre poco práctico y del que no se obtiene toda la utilidad que con otro sistema de educación se obtendría.

Esa fatiga á que se sujeta á los jóvenes, con tan poco provecho positivo, debilita el organismo, que en las clases medias, rayanas con las humildes, se hace más sensible todavía. Somos pobres, aunque nos duela confesarlo, por el orgullo que nos domina; esa es nuestra característica, conservamos el orgullo de los antiguos hidalgos y aparentamos más que lo que tenemos, y gran número de familias, á quienes los deberes sociales que se imponen, las obligan á cierta representación, lo hacen á costa del organismo. Ese modesto y popular cocido—base de la alimentación en España—no es en muchísimos casos todo lo nutritivo que necesitan los jóvenes en la época del crecimiento, consumidos por el estudio, viviendo en poblaciones para las que es un mito la higiene, y en habitaciones no siempre bien acondicionadas.

Gran parte de estas familias de modestísima posición, que á fuerza de enormes sacrificios logran dar á sus hijos carrera académica, haciendo un esfuerzo mayor, los han venido librando hasta aquí del servicio militar con la redención á metálico. De este modo ha percibido el Tesoro público esa cantidad, y se ha evitado el gasto de hospitalidades; jóvenes en estas condiciones, llamados tan prematuramente como la ley exige, no sirven en el ejército más que de estorbo.

El servicio militar obligatorio no puede implantarse sin una meditada preparación. De otro modo se hundirá y se desacreditará en poco tiempo. Nos hemos convencido—afortunadamente—de su necesidad, y pedimos, después de habernos pasado tanto tiempo sin él, que se imponga de seguida, con el mismo afán que el niño reclama el

juguete que ambiciona. El servicio obligatorio, como muchas cosas buenas, tiene sus exigencias y necesidades, sin las que no podría subsistir, y como todo lo bueno, es caro.

Implantado hoy el servicio obligatorio, sin nuevas y bien pensadas leyes, sucedería una de estas dos cosas: ó que en los cuarteles no sería una verdad, ó que de hecho real y positivo se llevaba á efecto con la igualdad que las ordenanzas militares y la justicia exigen.

Si por los jefes y oficiales—cosa que pongo muy en duda—se estableciesen diferencias entre los soldados, ya se podía despedir la disciplina del ejército y poco después el Ejército de la nación. En el segundo caso, si el Ministro de la Guerra y cuantos generales, jefes y oficiales de él dependen, se encastillan en el cumplimiento del deber, y no pasados seis meses no han muerto de rabietas y pasado á los manicomios la mayor parte, habrá que atribuirlo á uno de esos milagros divinos, que tanto escasea hoy la Providencia.

Vivamos en la vida real, conozcámonos un poco y reflexionemos. Nada, ni aun lo más justo, se hace en España sin recomendación. Lo tenemos en la masa de la sangre, se dice vulgarmente, aun dentro del Ejército:

—¿No tienes padrino? Pues no trabajes. ¿Tienes padrino? Pues no trabajes: qué más, hasta para obtener premio de lotería se acude á todos los santos de la corte celestial; el carácter más arisco, el más ajeno á recomendaciones, llega momento en que se ablanda á la pesadez, á la insistencia con que se solicita, y sobre todo ante el ejemplo general de cuanto le rodea.

Implantado el servicio militar obligatorio, ¿quién no tendrá un hijo, un pariente, un amigo vistiendo el honroso uniforme de soldado? ¿Quién en el Ejército—dado nuestro modo de ser—desatenderá las solicitudes de sus relaciones políticas, de sus amistades y de afectos más caros

aún, y mucho más cuando estas solicitudes vengan acompañadas de un fondo de justicia, que la conciencia más escrupulosa no podrá desconocer?

El joven de alta clase social, educado con tanto cuidado como esmero, adolescente de no muy robusta constitución, que llamado al ejército extemporáneamente, enferma á las primeras fatigas del servicio, ¿pasará al hospital como todos sus compañeros? Si su angustiadísima madre acude al mismo Ministro de la Guerra, y en tonos que sólo el amor maternal emplea, le suplica y le ruega, y esa madre es la esposa de un compañero de gabinete ó dama de mayor influencia, ¿se negará el Ministro á recomendar el asunto al Capitán general del respectivo distrito, y éste á desatender la recomendación? Quisiera verlo para poderlo creer. Y si se establecen diferencias marcadas entre individuos de una misma clase del ejército, ¿dónde iría á parar la fuerza moral de los jefes y oficiales, tan indispensable para el mando y sin la cual no puede haber subordinación, respeto ni disciplina?

Por eso es preciso una ley completamente nueva de Reclutamiento y Reemplazo, que no exija el servicio forzoso á jóvenes adolescentes sin formar, y que no son hombres todavía; que se reforme el cuadro de exenciones físicas; que los cuarteles y hospitales reúnan condiciones á propósito; que la alimentación mejore en lo posible; que la higiene militar sea lo que no es hoy, por desgracia.

Concluídos los pretextos que con gran justicia podrían alegar los interesados, no desaparecerían las recomendaciones de momento; pero los jefes y oficiales podrían no admitirlas, y aun rechazar enérgicamente las imposiciones sin que nadie se propasara á atropellarlos.

Con esto y con penetrarse bien cuantos ejerzan mando en la Milicia, desde el más alto al más humilde, del cambio que han de experimentar las tropas con la nueva savia



que introduciría en ellas el servicio militar obligatorio, el ideal podrá realizarse con próspera y fecunda vida, en beneficio de la Patria y del Ejército.

IX

Cómo debe implantarse el servicio obligatorio

Cuantos amen el pensamiento y no quieran verle desaparecer de mala manera, deben rechazar que se implante sin la conveniente preparación.

Es más: no creo que ningún Ministro de la Guerra se atreva á ponerle en práctica por dar gusto á la corriente general; no es lo mismo hacer programas que realizarlos desde el gobierno: por no haber tenido el valor cívico de arrostrar la impopularidad, hemos ido á una guerra cuyos desastrosos resultados no ignoraba ningún político de altura de los que ejercen influencia en los destinos del país. Es de esperar que la lección recibida nos sirva de algo, y que el hermoso pensamiento del servicio militar obligatorio no se malogre por las impaciencias de la opinión y la falta de carácter de los que tienen la responsabilidad del mando. Cualquier imprudencia en este asunto comprometería la existencia del Ejército y la tranquilidad del país.

Estos días ha circulado por la prensa la noticia de un proyecto del Ministro de la Guerra, que vendría á ser una transición entre lo existente y el servicio militar obligatorio y personal en toda su pureza. Se comprende se haga algo por lo que piden de acuerdo la opinión pública, la razón y la conveniencia, y que el Ministro tenga presente al redactar la ley *los elementos de que dispone*, materiales y personales, la falta de costumbre, la educación de ricos y pobres y otros muchos factores que han de preocupar al legislador; de lo que no dudo un momento es de que

trate á toda costa de que no haya en filas ningún soldado menor de veintiún años. Prescindiendo de todo sentimiento humanitario, está demostrado por la Estadística, que ha tenido la valentía de publicar, que eso cuesta, además de muchas vidas, mucho dinero tirado al arroyo, sin otro resultado que producir muertos é inútiles.

Esa estadística, de la que tan varias enseñanzas se desprenden, ha pasado casi desapercibida, mereciendo menos atención que la noticia de un atraco vulgar ó la de un asesinato de sensación de esos que tanta impresión producen en los pueblos decadentes. Y sin embargo, esa estadística dice de un modo terminante que dos terceras partes de los fallecidos en 1896, no hubiesen muerto si fuese otro el reclutamiento y la higiene en nuestras instituciones armadas; de esa estadística y de estos cálculos se deduce que más de OCHOCIENTOS jóvenes apenas entrados en la vida, arrancados de los campos y de las industrias, han muerto porque... sí.

Implantado como se debe el servicio militar obligatorio y personalísimo, cuando vistan el honroso uniforme del soldado los hijos del legislador, del aristócrata, del acaudalado banquero, del abogado, del médico y del periodista, ya se estudiarán esa clase de trabajos con mayor y más cumplido detenimiento, y no será locura predecir, dada nuestra impresionabilidad, que se hablará y se desmenuzará esos datos hasta lo inverosímil, cuando lleguen esas desdichas á lo más santo, á lo más grande y más sensible del alma de los que dirigen la opinión, y ese sí que será uno de los innegables beneficios del sistema: como no puede haber ejército sin perfecta igualdad y justicia entre las mismas clases que le compongan, los que hasta aquí no han dispuesto de mil quinientas ó dos mil pesetas, disfrutarán muchas ventajas, serán más atendidos y mejor cuidados, y los legisladores que tengan hijos ó nietos, serán los primeros en proponer y facilitar cuanto al bienestar, como-

didad, seguridad y prestigio del Ejército sea conveniente.

El principio del servicio militar obligatorio y personal es, por otra parte, el único sistema de reclutamiento para obtener un ejército verdaderamente nacional. Con él tendrá la nación una escuela donde los ciudadanos perfeccionarán unos y adquirirán otros, el respeto á la ley y á la disciplina, acreciéndose en todos el sentimiento del honor y el patriotismo.

Espíritu, moralidad, salud: he ahí las tres principales circunstancias que han de exigirse al soldado del nuevo ejército, del que sólo en absoluto deben excluirse los hijos de padres ancianos de los que sean el único sostén, y los que por sus condiciones físicas no puedan ser destinados ni aun para aquellos servicios auxiliares y sedentarios en los que muchos pueden prestar útil cooperación.

En las filas, con las armas en la mano, sólo deben estar los hombres útiles y de moral irrepreensible cuya constitución física y buena salud les haga aptos para resistir las fatigas de la guerra.

Los que siendo fuertes y robustos hayan cometido faltas, ó que por su mala conducta puedan empañar el uniforme, deberán ser destinados á los trabajos materiales de las plazas fuertes y á cierta clase de servicios mecánicos, que sólo debería prestar el soldado cuando irremisiblemente no pudiera pasarse por otro punto.

Estableciéndose una disciplina severa, *sin ser humillante*; no concediéndose en lo sucesivo cargos públicos á los que reuniendo condiciones para el servicio militar, no lo hubieren prestado; siendo el Ejército una escuela en la que aprenda el ignorante y en la que el ilustrado conozca de cerca las necesidades y las aspiraciones del humilde, la contribución de guerra actual se convertiría en una carga pública y en un honor, que nadie se atrevería á rechazar.

Llamado el ejército á defender los más caros intereses

del país, el servicio obligatorio y personal será el medio de poner á la patria á cubierto de conquistas y de invasiones desastrosas y de las ambiciones personales de un hombre audaz.

Los pronunciamientos no sólo se han hecho más difíciles por el mejor espíritu de la oficialidad de estos tiempos, sino por la mayor ilustración del soldado, que no es ya la inconsciente víctima arrastrada al matadero para que un hombre ambicioso y olvidadizo de su honor ciña una faja, que tal vez no hubiera sabido ganar enfrente del enemigo de su patria. La juventud que sale de las academias no servirá de juguete con la facilidad que antes, y en las filas hay muchos soldados que conocen las ordenanzas y que llegado el caso sabrían hacer armas contra el que les obligase á faltar á sagrados juramentos. Sólo ignoran esta circunstancia algunos tontos, ante los que alardean—misteriosamente—enanos de la venta, de los que se pueden reir los gobiernos.

Pues si esto sucede ahora, cuando el servicio obligatorio impera, *siendo lo que debe ser*, podrá asegurarse que tan vergonzosas historias habrán desaparecido para siempre. Revoluciones, y revoluciones muy serias, podrán hacerse con servicio obligatorio ó sin él, pero pronunciamientos jamás.

Lo que hace falta es estudiar y meditar mucho lo que se vaya á hacer, inspirándose en estos principios la redacción de las leyes, y teniendo presentes el espíritu, las necesidades, *la educación*, los vicios y las virtudes del pueblo á quien han de aplicarse.

En resumen, para establecer el servicio militar obligatorio y personal, es indispensable:

Otra ley de reclutamiento y otro cuadro de exenciones, modificando lo malo que tienen los vigentes, en lo que se refiere á edad y condiciones físicas.

Mejorar la alimentación en lo posible, y los cuarteles

cuerpos de guardia y hospitales, para no oír justas reclamaciones.

Elección de uniformes y calzado, de modo que sean utilizables para todos, por una junta formada por jefes veteranos prácticos, que hayan estado en campaña, y por médicos conocedores de la higiene.

Redactar los reglamentos y leyes generales con sencillez, claridad y precisión y de modo que sean comprensibles para todo el mundo.

Introducir en las ordenanzas y reglamentos las penas más severas—hasta que por el hábito no sean necesarias—que eviten la posibilidad de toda clase de confianzas de abajo á arriba y viceversa, proscribiéndose el tuteo, y el olvido del tratamiento, aun tratándose de parientes muy cercanos, no siendo individuos de una misma clase dentro del ejército. Recordar constantemente á cuantos ejercen mando, desde cabo á arriba, que el valor no está reñido con la bondad, el prestigio de la autoridad con el buen trato, y que el carácter—cualidad sin la que no puede haber un militar digno de mandar á nadie—no es precisamente el mal genio.

Como se ve, el problema está erizado de dificultades y ha de preocupar no poco al Ministro llamado á resolverle; pero si es hombre de estado, si es un general que tenga conciencia de su deber y ama á su patria, no se detendrá ante ellas, como no se precipitará tampoco por las exigencias de la opinión pública.



SEGUNDA PARTE

RAZÓN DE LA DECADENCIA

I

Importancia de la Higiene

Entre todos los estudios humanos no hay otro tan útil, tan simpático, ni que abarque más conocimientos que el de la Higiene: conservar la salud y prolongar la vida, haciéndola cómoda y agradable, es el más bello ideal del hombre, y eso y no otra cosa puede ser la Higiene. Desde que nace el niño, antes aún, desde el momento de su concepción, le rodean mil peligros que le harían sucumbir, y desde aquel instante interviene la Higiene, y colaborando en la obra de la naturaleza, evita que las enfermedades se apoderen de tan débiles organismos; y cuando más tarde el descuido, la indiferencia, y sobre todo la ignorancia, nos hacen olvidar ó desconocer sus amorosos y desinteresados consejos, no tardamos en pagar un amargo tributo á tanta torpeza.

Sin Higiene, no hay salud; sin salud, no hay vida cómoda y agradable; sin individuos higienizados, no hay pueblos sanos y viriles, y ahí está la historia de la decadencia de las razas para afirmarlo, porque está ligado tan

íntimamente lo físico con lo psíquico, se influyen tanto recíprocamente, que sería imposible llegar á fijar los límites que los separan; así es que la Higiene abraza en sus conocimientos todos los de las ciencias médicas y naturales y los de la economía política y social.

Hasta para los más refractarios á los nuevos estudios, sería insensatez negar las concienzudas y perfectamente demostradas observaciones de reputadísimos antropólogos; son tan evidentes, tan claras, que sería negar la luz no convenir, por ejemplo, en la influencia del organismo sobre las pasiones, y no advertir lo que éstas le minan y destruyen. No todos los organismos son iguales, no todos los hombres pueden tener, por lo tanto, las mismas aspiraciones é iguales tendencias; cada uno trae consigo al nacer impulsos que pueden corregirse ó agrandarse por medio de la Higiene y de la educación, que es la Higiene moral; pero hasta el momento feliz en que por los esfuerzos de todos llegue la humanidad á tal grado de perfección en que los hombres nazcan sanos y exentos de pasiones, se han de pasar muchos años, tal vez muchos siglos, si antes la tierra no se hace inhabitable para unos seres que en la lucha por la existencia hemos sido hasta aquí como todos los creados de que tenemos conocimiento.

II

Necesidad de los Ejércitos

Patente la imperfección del hombre, no lo es menos su debilidad, que salva y reemplaza ventajosamente con su poderosa inteligencia; gracias á ella domina y utiliza cuanto le rodea para vivir mejor y más cómodamente; crea la familia, se asocia con sus vecinos, se organiza y forma los núcleos de población que dan origen á las nacionalida-

des. En estas tareas encuéntrase con competidores á quienes llevan á su lado iguales necesidades, y si no se avienen ó no caben en el mismo lugar, sobreviene el choque; la idea de defender el fruto de su trabajo ó de adquirir lo que es indispensable á su vida y á la de los suyos le hacen guerrero, y más ó menos disfrazado, más ó menos hipócrita, esto es y ha sido el hombre, y probablemente lo seguirá siendo hasta que llegue la humanidad al grado de perfección de que antes hiciera mérito.

Si no existieran las pasiones, si á la soberbia, á la ambición y á la avaricia reemplazara la caridad, que es el amor, no se despoblarían campos y talleres, ni se arruinarían los pueblos, ni las madres y esposas llorarían la muerte de los seres más queridos de su corazón, ni muchos pequeños se verían huérfanos, ni se conocería el mayor de los males que azotan á la humanidad: la guerra; y los ciudadanos no se verían obligados á soportar la más dura de las cargas: el servicio militar; pero mientras aquellas causas no desaparezcan, interin el hombre no sea el ser perfecto que se inspire solamente en la razón y en la justicia, la defensa del hogar, de la familia, de la vida, de todo cuanto constituye la patria, se impone con fuerza irresistible, y el ejército, con todos los grandes males que arrastra consigo, es, cuando responde á su objeto, la más grande, la más noble y la más envidiable de todas las profesiones.

Los pueblos sostienen sus ejércitos, no tanto para atacar al adversario, como para estar seguros de sus asechanzas; si el mayor de los males es la guerra, la paz es el mayor de los bienes, y para no ir á la guerra la paz armada cuesta á Europa 4.500 millones de francos cada año y arrancar de las fábricas, de las labores del campo y de las escuelas más de tres millones de hombres escogidos entre lo más florido de la juventud. Semejantes sacrificios que arruinan á los pueblos, obedecen á la experiencia que en-

seña «si quieres paz, prepárate para la guerra», y los pueblos que olvidan esa máxima se convierten en presa de los más astutos y rapaces, tanto más pronto, cuanto mayores sean su debilidad y su indolencia.

Con todos sus males, el ejército es una necesidad, y la nación que no lo tiene se ve expuesta á mil contratiempos; pero hay algo peor para un país que no tener ejército, y es, *creer que le tiene*, como sucede siempre que por su mala organización no puede, llegado el caso, responder á los esfuerzos que por su sostenimiento hacen los pueblos.

Es el hombre la primera materia de un ejército; de poco sirven los medios que los progresos científicos han facilitado al arte militar, inútiles resultan esas complicadísimas maquinarias que se emplean en el ataque y la defensa, si no hay hombres que las manejen; estériles resultan cuantos sacrificios hacen los esquilmados pueblos para sostener á sus soldados, si éstos carecen de la instrucción y de las condiciones físicas indispensables para la guerra, y aun reunidos todos esos elementos, desaparecen como débil nube á impulso de la brisa, cuando en las colectividades militares se desconoce ó se descuida la ciencia á que rendimos culto: la Higiene.

III

Los Ejércitos y la Higiene

Afecta la higiene militar no sólo á los ejércitos, sino al país en masa; del modo y forma de hacer el reclutamiento depende el mayor ó menor bienestar de la nación al hacerle y durante muchos años después; del modo y forma como se aloje, se vista, se alimente y se fatigue al soldado, depende también el que pueda responder cuando se le necesite, que á la larga sean menores los gastos que oca-

sione, y que al regresar á sus hogares vuelvan hombres fuertes y vigorosos ó seres raquíticos y miserables, que sólo sean capaces de producir una generación enteca, ruin y enfermiza.

Soldado bien elegido por una recluta inteligente; instruido en el manejo de las armas; alimentado y vestido con lo indispensable á sus necesidades, responderá siempre, y siempre con éxito, á lo que se le pida; soldado á quien se arranque de la sociedad civil sin el suficiente desarrollo físico, á quien con escasa instrucción militar se obligue á lo imposible, abusando de su heroísmo, de su resistencia moral y de las más brillantes cualidades alimentándole mal, vistiéndole y calzándole peor... á ese sólo se le puede exigir que muera con tan escasa gloria como poco fruto en medio de las espantosas catástrofes en que se hunda su patria.

El ejército, del que es imposible prescindir, siendo como es una de las más nobles profesiones, es al mismo tiempo una desgracia para los pueblos bajo los diversos aspectos de la economía política y de la higiene pública; concretándonos á ésta, basta recordar que se lleva los hombres más sanos, los más fuertes, los de más talla; cosa que si en tiempo de paz retarda los matrimonios, en época de guerra los disminuye notablemente; y no es esto lo peor, sino que facilita los enlaces de los valetudinarios, de los inútiles y de los cortos de talla, que unidos á los que regresan achacosos y estropeados de la campaña, dan por el pronto el resultado de una baja notable en los nacimientos y un descenso general de la talla del país, con aumento de exenciones físicas para el servicio militar que se registra perfectamente de diez y ocho á veintidós años más tarde.

Mal es éste de difícil remedio y que, como es lógico, aumenta con la duración del servicio, porque, á más de los daños expuestos, se observa una progresión creciente en los nacimientos de hijos naturales, paralela al tiempo en

que se obliga á estar los soldados en las filas, y vosotros sabéis cuán pobres son por lo general, físicamente, esos desgraciados seres. Y ahí tenemos otra dificultad de resolución difícil: la profesión de soldado, que en todo tiempo ha necesitado, como todas, un aprendizaje, tiene en la actualidad tales exigencias, que no puede llamarse en realidad soldado de infantería el que no lleve un año de servicio, dos el de caballería, tres el artillero y algo más los ingenieros y marinos. Si sólo se tratara de llevar con gallardía el vistoso uniforme, marchando en correcta formación al compás de alegres charangas, ó caracolear en airoso potro en paradas y revistas, fácil sería conseguir tan bonito resultado en dos ó tres semanas contando con reclutas que, como los nuestros, son por sus aptitudes y condiciones excepcionalísimas, el orgullo de propios y la envidia de extraños; pero esas circunstancias, como el valor personal, el desprecio de la vida, la resistencia y la resignación en las pesadumbres, valiendo lo mucho que valen, pesan menos que antiguamente en la balanza de la guerra, que tiene hoy más exigencias que nunca, y cuando éstas se olvidan ó se descuidan por cualquier ejército ó armada, pese al más heroico de todos los valores, no es raro que se vean derrotados por enemigos de menos valía, pero de mejor organización, merced á la cual pueden producir impunemente en sus desprevenidos contrincantes los mayores estragos.

IV

Crítica de la Ley de Reclutamiento.—Edad y condiciones físicas de los reclutas

Dejando aparte esos dos problemas de tan difícil solución, examinemos otros que por afectar al hombre como individuo entran más de lleno en los dominios de la Higiene

ne. Edad y talla determinadas y estar exentos de ciertas enfermedades y defectos físicos, son requisitos que marca la Ley de Reclutamiento y Reemplazo para formar parte del ejército español. Según el art. 27 de esa ley, son comprendidos en el alistamiento de cada año todos los mozos que sin llegar á veinte años hayan cumplido ó cumplan diez y nueve desde el día 1.º de Enero al 31 de Diciembre inclusive del año en que se ha de verificar la declaración de soldados, y los que excediendo de la edad indicada, sin haber cumplido la de cuarenta años en el referido día 31 de Diciembre, no hubiesen sido comprendidos por cualquier motivo en ningún sorteo de los años anteriores.

Las operaciones de alistamiento, sorteo, clasificación y declaración de soldados é ingreso en caja tienen lugar hasta 1.º de Agosto, y en 1.º de Noviembre, si no se anticipa el plazo, los reclutas son distribuídos en los respectivos cuerpos. Descontada la exigua minoría de los no alistados á su debido tiempo, resulta que el ingreso forzoso en nuestro ejército se verifica siempre á los diez y nueve años de edad, y en muchos casos á los diez y ocho.

¿Es por ventura racional, higiénicamente hablando, semejante disposición?

En los Estados Unidos y en Inglaterra, que nutren su ejército con la recluta voluntaria, admiten soldados de diez y ocho y aun de diez y siete años; pero es de advertir que se exigen condiciones físicas irreprochables, como sucede siempre y en todo país á los que se venden por dinero. Así y todo, los resultados no han sido brillantes, y donde quiera que han podido, sus médicos militares y los higienistas han demostrado la inconveniencia de semejante sistema. Aquellos Gobiernos han sabido atender sus consejos, y llegado el caso de operaciones militares fuera de los países respectivos, han procurado hacer una selección posible, para evitar males mayores.

A la edad en que se admiten nuestros reclutas, la osificación no ha terminado, y los huesos no tienen, por lo tanto, ni la longitud ni la resistencia debidas; las piezas que componen el esternón aún no se han soldado, las costillas no son en sus cabezas, ni en los puntos epifisarios de sus tuberosidades, lo que deben ser, y la caja torácica, es decir, lo que protege órganos tan importantes como el corazón, los pulmones y los grandes vasos, carece aún de su capacidad definitiva, y á adolescentes de esta naturaleza sin formar, se los lleva al más penoso de todos los servicios, se les obliga á cargar con un equipo que impide su desarrollo, se les hace vivir en comunidad en edificios, por lo general, no construídos al efecto, y hasta se les lleva á las colonias, sometiéndoles á la acción de climas destructores que apenas soportan hombres muy hechos y robustos.

Un ilustre médico militar, un hombre tan práctico y un higienista tan notable como Levy, dice á este propósito: «Independientemente del desarrollo físico, puede decirse que antes de los veintidós ó veintitrés años el hombre no tiene esa energía moral, esa calma en frente del enemigo, esa resignación, ese espíritu de disciplina que asegura la victoria y conjura la mala fortuna; los soldados jóvenes no soportan la continuidad de los esfuerzos; entusiastas en los éxitos, difíciles de contener cuando nada les falta y mientras la suerte les sonríe, se dejan invadir por el desaliento ante los reveses que ellos mismos transforman en desastres.»

Esta es la verdad, dicha con valentía y conocimiento de causa. Esto es lo que sucedió á los franceses en 1870 con los ejércitos de Metz, de Loire y del Este, y lo que nos ha sucedido á nosotros en la primera parte de la llamada campaña de Melilla, y más recientemente en nuestras colonias.

Se comprende que ha de ser así: á los diez y nueve

años el adolescente está terminando su desarrollo, que el nuevo género de vida ha de suspender, su fuerza física no llega más que al 88 por 100 de la que el hombre formado dispone, y su fuerza moral corre parejas con la física.

Por lo que á España afecta, debemos considerar los diversos elementos etnológicos que la componen, muy lejanos aún de haberse fundido en un molde común; que las gentes del Norte se diferencian mucho de las del Mediodía, y que dentro de un mismo territorio, como en todas partes sucede, el desarrollo físico de los campesinos no es el de los habitantes de las ciudades. No niego que á los diez y nueve años se encuentren reclutas aptos para la vida militar; pero por las razones expuestas se comprenderá fácilmente que la generalidad no está en condiciones de resistir un servicio tan penoso, y que llegado el caso, lejos de ser auxiliares útiles, se convierten en estorbo de los veteranos, á quienes consiguen arrastrar en sus caídas.

No hay peor cosa que vivir de ilusiones; estamos acostumbrados á oír á todas horas y en todos los tonos, que las aptitudes de los españoles para la vida militar no tienen rival en el mundo, y como en efecto nuestro soldado tiene una sobriedad, un desinterés, una constancia y una resistencia notabilísimas, pedimos imposibles al ejército, sin pararnos á considerar cómo le hemos reclutado, instruido y conservado; y como nadie puede dar lo que no tiene, cuando recogemos la cosecha natural de nuestros errores, nos sorprendemos infantilmente y nos dejamos arrastrar por las vehemencias de nuestro carácter, para lanzar acusaciones contra todos y contra todo, sin perjuicio de que después de gritar hasta quedarnos afónicos, sufrimos pacientemente las consecuencias y dejamos las cosas como están, hasta que nuevos reveses vuelven á recordarnos nuestras torpezas. Ante la razón, una de las mayores es el

art. 27 de la Ley de Reclutamiento; ante la Higiene y la Humanidad, es algo peor todavía.

La talla ha sido interpretada como la expresión fisiológica del desarrollo orgánico, y en ella han visto los legisladores el dato más elocuente de aptitud para el servicio militar. Un hombre de baja estatura indica—según esas ideas—un organismo débil que no ha podido desarrollarse y que por lo mismo ha de ser incapaz de soportar las penalidades de la guerra, y por el contrario, á mayor talla, corresponden más fuerza y energía. Es indudable que en muchos casos el hecho es cierto, pero dista muy mucho de serlo en la generalidad: la talla, científicamente hablando, no es más que uno de los factores que influyen en la resistencia del organismo, y con frecuencia observamos individuos que precisamente por su desmedido crecimiento tienen una constitución débil incompatible con el servicio militar. Esos hombres muy altos necesitan aún más que los bajos, disponer de una organización perfectamente equilibrada y una musculatura y un pecho proporcionados á su estatura, sin cuyos requisitos sólo suelen servir de figuras decorativas en tiempo de paz y de impedimento en tiempo de guerra.

De todos modos la talla es un dato de importancia y al que se ha dado un valor excepcional siempre para el servicio militar; según la ley española son excluidos cuantos no alcancen la estatura mínima de 1'500 milímetros, y temporalmente, los que llegando á esa talla la tengan menor de 1'545 milímetros. Estos últimos son sometidos á tres revisiones en otros tantos años, al cabo de los cuales, si no alcanzan la última talla, son destinados á la cuarta situación de reclutas en depósito.

Como se ve, nuestros legisladores no se han corrido mucho fijando el límite más reducido de talla á que puede llegarse en nuestro país; claro está que el higienista no se había de contentar con tan poco; pero son tantos y de tanto

peso los problemas que han de resolver los legisladores, hay intereses tan encontrados que defender, y teniendo en cuenta, como suele decirse, que lo mejor es enemigo de lo bueno, bien podríamos transigir con talla tan mediocre si á su lado existiera algo más que piden la antropología, la razón, la conveniencia pública y hasta los intereses del Erario.

De nada sirve una talla elevada con músculos raquíuticos. El esqueleto es una armadura interna que forma con los músculos una serie de palancas, y siendo los movimientos el resultado de elementos combinados y puestos en acción, se trata sencillamente de una cuestión mecánica; cuanto mayor sea el hueso, como los puntos de apoyo son siempre los mismos, es lógico que á la altura correspondan músculos más fuertes y dotados de mayor energía. Es tan evidente, tan claro y tan racional el problema, que no necesita demostración, aunque haya sido olvidado por los legisladores.

A la talla y el peso, que debe estar, naturalmente, en relación con aquélla, debe corresponder también la capacidad de que dispongan los pulmones para su funcionamiento.

Como todo movimiento se transforma en calor, la fuerza del hombre está íntimamente relacionada con el que puede producir, ó de otro modo, con el carbono que consume. Depende este fenómeno de combustión de la energía muscular y de la hematosis, y como consecuencia, tiene que ser proporcional el volumen de aire que se introduce en los pulmones.

Para el caso, es el hombre exactamente igual á una locomotora, que para producir cierto número de caballos de vapor necesita determinada cantidad de combustible y un hogar capaz y con sus correspondientes rejillas de ventilación y buena chimenea que dé salida á los gases; por lo mismo, á mayor estatura del individuo debe corres-

ponder más peso, más músculos—combustible—y mayor capacidad respiratoria, hogar, rejillas y chimenea, y esto es lo que ocurre en el hombre equilibrado y sano que ha completado su desarrollo.

Es difícil apreciar el volumen de aire que puede penetrar en los pulmones del recluta en el acto del reconocimiento; pero puede calcularse aproximadamente por la conformidad del tórax y la medida de su perímetro, dato que se ha tenido y se tiene muy en cuenta en otros ejercicios. Cerca de una tercera parte de los soldados que salen por inútiles de las filas son enfermos de los órganos de la cavidad torácica, que han prestado poco servicio y consumido muchas hospitalidades, y son, por lo general, muchachos en los que la talla, el peso y el perímetro torácico no guardan las debidas relaciones.

V

El cuadro de exenciones físicas

Contribuye á ese resultado el cuadro de exenciones físicas, consecuencia de la Ley de Reclutamiento, y del que solo diré lo indispensable á mis propósitos por no estimar oportuna la ocasión de hacer su crítica. Comparado el cuadro de inutilidades físicas que eximen del ingreso en el servicio del Ejército y de la Armada con los que le precedieron, significa un progreso tan notable como lo será respecto á él, el que debe sucederle en consonancia con los progresos de la ciencia moderna.

Se divide en tres clases: en la primera, se consignan las exenciones que pueden declararse tales sin intervención facultativa; en la segunda, las que pueden apreciar los médicos en el acto del reconocimiento, y en la tercera, las que se confirman en una observación que no ha de pa-

sar de tiempo determinado. En toda la ley, y en ese cuadro que es su secuela, se nota un espíritu de desconfianza, algo así que podríamos llamar previsión contra afectos y debilidades; pero que con todo no ha tenido fuerza bastante para impedir que provincias muy pobladas hayan aportado al contingente un número irrisorio de reclutas en épocas no muy lejanas. En cambio, coarta de tal modo á los tímidos y pacatos, que pocas veces se atreven á aplicar el párrafo quinto del art. 13 del reglamento para la declaración de exenciones, por el que se faculta á los técnicos para conceptuar inútil al mozo que tenga ó padezca defecto ó enfermedad no comprendido en el cuadro, que por su cronicidad, permanencia y manifiesta incompatibilidad con el servicio constituya verdadera inutilidad. Con tan débil hoja de parra se han pretendido cubrir desnudeces de la ley, sin conseguir otro resultado que poner más de relieve sus imperfecciones.

Cuantos hayan tomado parte en las sesiones de reconocimientos de quintos han podido apreciar las dificultades con que tropieza el médico para cumplir su cometido de modo tal que satisfaga á una conciencia escrupulosa. No tratándose de casos muy claros—es preciso decirlo y decirlo muy alto—no se dispone del tiempo, ni del local, ni aun de los medios de exploración indispensables para hacer un diagnóstico concluyente. Pondré un ejemplo: el art. 78, orden 6.º de la clase 2.ª, exención que ha de declararse en el acto de reconocimiento, está redactado así: *Tisis laríngea ó pulmonar confirmadas*. Siendo tan difícil como lo es, aun para prácticos muy expertos, diagnosticar con seguridad una tisis incipiente, lo que sucede en la práctica es que no tratándose de un tísico avanzadísimo, ó hay que declararle útil ó destinarle á comprobación, incluyéndole indebidamente en un artículo de la clase 3.ª, porque en el acto del reconocimiento no se pueden emplear las filigranas de exploración de que hoy se dispone. Cuando se da por útil á un tísico,

cuya afección no ha podido confirmarse como exige la ley, se encuentra casi siempre en el primer período; pero merced al cambio de vida y á las condiciones higiénicas de algunos cuarteles, no tarda en pasar al segundo, y seguidamente al Hospital, no sin que antes haya tenido tiempo de inficionar la sala donde duerme rodeado de mózalbetes de diez y ocho y diez y nueve años, sin suficiente desarrollo físico y con el terreno más apropiado para recibir la semilla que ha esparcido en la atmósfera el calzado de la tropa, porque entre nosotros, no ya en los cuarteles, en sitios de más confort, está muy descuidado el uso de la escupidera. Como no tenemos hospitales *ad hoc* tratándose de tuberculosos, sufre en el que se le destina la suerte de todos ellos; contagia al vecino predispuesto, empeora, y ó muere ó regresa á su hogar en un estado imposible, después de causar, en muchos casos, un número de hospitalidades que no se explica bien después de los descubrimientos de Koch, y que ha de hacer más inexplicable cada día el beneficio que para el diagnóstico de la tuberculosis reporta el de los rayos X.

Con estos hechos, que se repiten diariamente, no creo que ganen nada ni el Estado, ni el Ejército, y ya que no por humanidad, al menos por economía, deben evitarse con la reforma de la ley.

Y lo mismo que del art. 78 se puede decir del 79: «Lesiones orgánicas del corazón ó de los grandes vasos que evidentemente dificulten ó trastornen la circulación y la respiración», y que se repite en el 112 de la clase 3.^a, sin otro cambio que suprimir la palabra «evidentemente».

No quiero entrar en consideraciones que me llevarían muy lejos, tratándose de enfermedades gravísimas, en las que la Higiene lo es todo, y que con ella pueden curarse ó estacionarse en sus albores. Llevar á esos desdichados á las filas hasta que se presente el cuadro completo de síntomas, que en conjunto son tan difíciles de apreciar en su

principio, cuando la enfermedad ofrece esperanzas de curación, espanta al más desalmado.

Esos artículos no responden al excelente criterio del 76, que sin limitaciones ni cortapisas, exceptúa del servicio á los que padezcan aneurismas del cuello ó en los miembros torácicos ó abdominales, ni mucho á un adicional del 180, que se refiere al hidrocele vaginal, que por voluminoso que sea, es, en la mayoría de los casos, de tan sencilla y radical curación.

No se me ocultan los motivos de tales restricciones; pero llevar á las filas del Ejército á quien padece afecciones tan graves, siquier sea en sus comienzos y cuando no se han presentado los síntomas precursores de los mortales, es una iniquidad que nada puede justificar.

Lo dicho es suficiente para poder sostener la conveniencia de la reforma de la ley en la parte relacionada con las condiciones físicas de los reclutas, retardando un año cuando menos su ingreso y modificando el cuadro de exenciones, con lo que se beneficiarán el ejército, el país y la justicia, y hasta para el mejor cumplimiento del artículo 3.º de la Constitución. Cuantas cortapisas se pongan con el actual sistema no serán más que telas de araña fuertes para los débiles y débiles para los fuertes; entretanto urgen algunas modificaciones.

Retardando el tiempo del ingreso, las tres clases del cuadro de exenciones pueden quedar, modificando, suprimiendo ó agregando los artículos que lo merezcan, bajo la base de un rigor bien entendido, y no incluyendo otros defectos ó enfermedades que los que se puedan comprobar fácilmente en el acto del reconocimiento para los de la primera y de la segunda, y estableciendo una observación formal y que garantice bien los intereses del recluta y del Estado para los de la tercera.

A esas tres clases debe seguir una cuarta, en la que deben incluirse: los mozos de constitución débil, los de

poco desarrollo físico, los que no ofrezcan debida proporción entre su peso, talla y perímetro torácico, y todo aquel de quien sospechen los facultativos en el acto del reconocimiento que padece algún defecto ó enfermedad que no le hagan apto para las rudas tareas del servicio militar. Todos los comprendidos en esta clase serán *excluidos temporalmente* y quedarán sujetos á revisiones en los tres llamamientos sucesivos. Si al sufrir la última continuara la causa de su exención, pasaría el mozo á la capital del Cuerpo de Ejército ó Capitanía general respectivos, donde un tribunal compuesto por todos los médicos militares del distrito residentes en la plaza, dictará el fallo definitivo é inapelable, pasando los que no fueran declarados inútiles á las filas ó á la cuarta situación de reclutas en depósito, á semejanza de lo que se hace hoy con los cortos de talla.

Todo lo peor que pudiera suceder es que se retardara tres años la entrada en el ejército de algunos; pero si al ser llamados disfrutaban de buena salud, mejor la disfrutarán cuando hayan completado su desarrollo físico, lo que está lejos de ser un mal para el servicio; en cambio, durante ese tiempo el enfermizo ó el enquencle habrán podido reponerse con lo que ganan todos, ó por el aumento de sus achaques se hace visible que no es apto, con lo que se ha ahorrado un estéril sacrificio, se ha quitado un estorbo al elemento militar y el Erario no ha malgastado el importe de inútiles hospitalidades.

VI

Higiene militar en España y en el extranjero

De la buena elección de los reclutas depende tener hombres aptos para la guerra; de su buena instrucción militar el convertirlos en soldados; de la Higiene el con-

servarlos. No es del caso ocuparnos de la instrucción militar, aunque mucho influye en el espíritu, y por tanto en la salud, el que el hombre tenga confianza en su oficio por conocerle á fondo, pero sí en la higiene del soldado, sin la que la mejor elección de la materia que forma el ejército no tendrá valor alguno. Es preciso reconocer que los jefes y oficiales de nuestro ejército aventajan en instrucción á sus predecesores, y que el trato que recibe el soldado peninsular supera en mucho al antiguo. Se administra tan bien el peculio destinado á su alimentación en la Península, islas adyacentes y posesiones africanas, que es prodigioso lo que se hace con él en algunos cuerpos; el pan no es—repito que hablo en general—aquel pan de munición crudo, adulterado é indigesto de las contratas; en los hospitales militares se les atiende, cuida y alimenta bien, y muchos, muchísimos soldados comen y visten como no comieron ni vistieron cuando vivieron con sus padres; pero al lado de estos adelantos existen manchas que emborronan tan hermoso cuadro.

El alojamiento del soldado—salvo ciertas excepciones—no tiene nada de higiénico. La mayor parte de los cuarteles son edificios viejos ó contruidos para otro objeto, y muy raro es en el que los jefes y médicos militares, á pesar del mejor deseo que les anima, puedan dedicarse á los cuidados que recomienda la Higiene, á la que estos locales son absolutamente refractarios. Se dirá que estos edificios son caros, pero se podrá contestar que los gastos de hospitalidades y la pérdida de hombres son más caros á la larga, y lo que puede la Higiene se demuestra claramente con números.

En Bélgica, donde se atiende mucho estos estudios, causó gran cuidado el observar que la cifra de mortalidad en los hospitales militares llegó en 1871 á la cifra de 11 por cada 1.000 soldados del contingente, y se extremaron los cuidados higiénicos; al año siguiente bajó ya la cifra

á 7 y 1 décima por 1.000; el 73, á 5 con 9 décimas, y lentamente ha venido disminuyendo hasta 1896 en que de los 47.859 hombres del ejército belga sólo han fallecido 112, es decir, 2 y 3 décimas por 1.000 del contingente, y aún confía el Inspector general de Sanidad de aquel ejército, en el informe de donde tomo estos datos, que la aplicación cada vez más extendida de la Higiene ha de aumentar su acción bienhechora, disminuyendo la cifra de mortalidad.

Cuanto se haga en obsequio del soldado es poco; de todas las contribuciones que el ciudadano paga á su país no hay ninguna como ésta; preguntad á los padres lo que cuesta criar y educar al hijo que ven partir para defender el honor de su bandera, y que os expliquen lo que representa ese inmenso sacrificio; pero no hay deber que no lleve consigo un derecho, y lo menos que pueden exigir los padres á la Nación á cambio de sus hijos es que les cuiden, que les atiendan, que les protejan, que no expongan su vida sin necesidad, que tanto sacrificio no resulte inútil.

Cuando muere, no ya el caballo de precio de un regimiento, el mulo del carro de un batallón, se forma expediente para averiguar si el hecho es debido al abandono, á la incuria ó á faltas de los encargados de la bestia de cuyo valor responden al Estado; el hombre, aun considerado como cosa, representa una cantidad determinada, y aun por este concepto puramente material su conservación resulta conveniente y es un deber de los gobiernos.

VII

Campañas coloniales extranjeras

La higiene militar es la base de esa conservación, el caso de Bélgica que os he citado es una prueba; pero donde se observa mejor es en los ejércitos y campañas que los

pueblos sostienen en sus colonias, y cómo nada enseña tanto como los hechos, voy á citar algunos ocurridos en la presente centuria sin hacer comentarios ni deducciones que por sí mismos se hacen.

En los comienzos del siglo no se tenía el concepto actual de la higiene ni de las epidemias, y no es extraño que ocurriera uno de los más grandes desastres sanitarios de los ejércitos. En 1802 salió de Brest una expedición militar mandada por el General Leclerc, compuesta de 58.545 hombres; cuatro meses después de su llegada á Santo Domingo había perdido 50.270, y en siete años no quedaban vivos más que 300.

Inglaterra, de 1824 á 1826, perdió 720 soldados de cada 1.000 de los que envió á Birmania sin la preparación conveniente, y casi obtienen el mismo resultado sus expediciones á la costa occidental de África en 1822 y en 1863.

Franceses é ingleses comprenden el por qué de tan espantosas hecatombes é higienizan sus ejércitos, demostrando más constancia y mejor juicio los segundos, y ya en Crimea, donde operan reunidos los dos ejércitos, se ve que el francés pierde 309 hombres de cada 1.000, mientras que Inglaterra sólo alcanza una cifra de mortalidad de 226 en igual proporción.

En estas expediciones la gloria del General en Jefe está en razón inversa de las pérdidas que tenga por enfermedades entre las tropas confiadas á sus cuidados, que cuando exceden á las previsiones que han debido hacerse, es por falta de organización ó ignorancia y poca conciencia del jefe.

En una campaña todo debe estar previsto y no se debe emprender sin elementos; hoy es raro, muy raro, esperar milagros y no hay que confiar sino en las lecciones del arte de la guerra, que está sujeto á reglas precisas. La expedición de Abisinia en 1867 y 68, mandada por Napier, no se efectuó sin que este general estuviera convencido de

que no faltaba ningún detalle á un ejército que debía atravesar un camino de 600 kilómetros por un país que le era desconocido; Sir Napier de Magdala obtuvo los brillantes resultados que todos conocéis. Pero donde se llevó el esmero al más pequeño detalle en higiene y organización, fué en las expediciones de Egipto: en 1884, una formada de 4.500 hombres, tuvo en los combates 125 muertos y 198 heridos, y á pesar de caer enfermos 271, no murió ninguno de éstos. En 1885, en la expedición de Suakín, entre los fallecidos—por enfermedades—en la campaña y á consecuencia de ella, sólo perdieron 16 hombres de los 7.225 expedicionarios.

Francia emprende su campaña de Madagascar sin esas precauciones y sin calcular ni prever los acontecimientos, ni el clima, ni el país donde iba á combatir. En continuos movimientos de tierras, que si unas veces respondían á verdaderas necesidades, otros eran hijos de la falta de idoneidad y de concierto de algunos jefes, esparcen los franceses en la atmósfera el terrible paludismo de esos países; no conocen bien el terreno y fatigan al ejército con inútiles marchas y contramarchas, en horas en que las emanaciones palúdicas son más activas; se fuerzan las jornadas, atravesando suelos cenagosos, y espectros más que soldados, amasando el fango con los pies llenos de llagas, cubiertos de polvo, bañados en sudor, atormentados por los mosquitos, devorados por la fiebre, sufren toda clase de privaciones y miserias, y á pesar de que la Metrópoli no escaseaba recursos, gastando á centenares los millones, llegan instantes en que carecen de lo más indispensable: de los alimentos y hasta de las medicinas, y se sienten morir, ansiando volver á su amada patria, y cuando ya extenuados y consumidos, más que por la guerra por la mala administración, consiguen embarcar, infinito número encuentra reposo eterno en el fondo de los mares...

El resultado de semejante desdicha para los franceses,

que al fin y al cabo consiguieron la victoria, fué: 500 enfermos y 250 fallecidos por cada 1.000 expedicionarios.

Como veis es axiomático: ejército en el que impere la higiene militar tendrá pocas bajas por enfermedades en las campañas que emprenda. Ejército cuyos soldados mueran á centenares y cuyos supervivientes sean cadáveres ambulantes es la prueba más clara y tangible de que está mal organizado, peor dirigido y sin los inteligentes cuidados de la higiene militar.

VIII.

Nuestras campañas coloniales

¿Qué parte han tenido estas faltas en nuestras recientes desventuras? No me queda tiempo para analizar esta cuestión; pero tampoco hace falta: con lo expuesto anteriormente y con los tristes espectáculos que se dan á la llegada de los vapores de Ultramar, basta y sobra para que todo el mundo sepa á qué atenerse; además, no es tiempo ahora de lamentaciones que á nada práctico conduzcan, y no se deben recordar males, que ya no tienen remedio, sino para evitar los venideros, procurando que el ejército se componga de gente útil y que pueda responder en futuras contingencias á las necesidades del país.

Mal, muy mal estamos; pero no nos hagamos ilusiones, podemos estar peor. No es cierto—y ya lo hemos visto—que no regañan dos si uno no quiere; más verdad es que el pez grande tratará siempre de comerse al chico, si le encuentra torpe ó descuidado; no podemos estar cruzados de brazos ante conflictos que pueden sobrevenir, y la más elemental prudencia reclama preveniros á la defensa de intereses muy caros, para que las aves de rapiña no se los lleven—impunemente al menos—entre sus garras. Neces-

tamos ejército, y para tenerle, reclutar, cuidar y conservar bien á ese soldado tan sufrido, al que en último término paga con su vida los errores propios y ajenos, y el nuestro, por lo que es, por lo que vale y por lo que representa, todo se lo merece.

Yo le he visto á bordo de los vapores que le llevaban muy lejos á combatir por el honor de España, adolescente aún, suplir la falta de su desarrollo físico con tal derroche de energía moral, que le hacía ir contento, ocurrente, satisfecho y feliz á ingrata tierra, donde no ignoraba que tantos van para no volver nunca; yo le he visto allí arrosar impávido los peligros y sufrir resignado privaciones y miserias; yo le he visto alegre en medio de cuadros de infinita amargura, que quisiera borrar de la memoria, y que unidos á viejas enfermedades, me hicieron la vida aborrecible, y en medio de tantos dolores, ya por no dar ese espectáculo al enemigo, ya por virtud del indómito carácter de la raza, ni le vi decaer, ni acobardarse.

También le he visto regresar, y aquel soldado tan contento á la ida, tan alegre y decididor allí, y que, en el fondo de su alma, anhelaba el regreso, volvía mudo, triste, como la imagen del dolor sombrío y reconcentrado, sin que sus chistes y cantares de siempre apagaran por un instante las trepidaciones más pequeñas del vapor que le aproximaba al objetivo de sus ardientes deseos. No eran, no, las huellas de las enfermedades sufridas, ni de las penalidades soportadas, ni lo enervante del clima las causas de semejante postración; todo eso quedaba relegado en segundo término por los recuerdos que martirizaban el alma, y por lo estéril del sacrificio: es que en aquel país—el más hermoso que vieron ojos humanos—había visto también á los hijos renegar de la sangre de sus padres; á logreros, cuyos intereses defendía, no venderle lo más indispensable sin un ciento por ciento de beneficio; á falsos compatriotas cuya próxima defección adivinaba; á las exi-

guas soldadas que la Nación paga en metálico, convertidas en gran parte en papeles de mísero valor; á empleados venales y administradores corrompidos, no en tal número como se cree, pero sí en el suficiente, para que agrandados por nuestros enemigos nos deshonraran ante el mundo entero; y recordando lo que había visto y oído, se compenetraba de que las Colonias habían sido patrimonio de unos cuantos bandoleros, cuya mala semilla, al reproducirse, había dado origen á filibusteros que al maldecir á sus progenitores y á España, se maldecían á sí propios; y por último, consideraba que las faltas que hubiera podido cometer esa tan querida como calumniada España en aquel pueblo á quien dió vida, habitantes y civilización, estaban suficientemente redimidas por los cientos de millares de honrados españoles que allí han ido á sepultar sus cuerpos unos, y los que más dichosos parecen, la salud, las ilusiones y la fe.

Mucho valdrán esos países, pero la sangre española de que están empapados vale infinitamente más; este recuerdo nos hará menos sensible su pérdida, á la que tanto ha contribuido la mala semilla que allí se cultivó; todo el mal que se hace se paga, y la hora de la justicia se aproxima para aquellos ingratos que no tardarán en ser absorbidos por esa raza ambiciosa que bajo la máscara de la civilización, trata de ocultar en vano los rapaces instintos de un atavismo salvaje.



